Arquitectura contemporánea en Navarra.
Hitos e influencias

Mariano González Presencio*

En octubre del pasado año 2013, muy cerca de donde nos encontramos ahora, en el palacio del Condestable, tuvo lugar la presentación de la «Guía de Arquitectura de Navarra del siglo XX». El documento que allí se mostró era el resultado del trabajo que un grupo de profesores de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de Navarra, coordinados por el profesor José Manuel Pozo, había venido realizando a lo largo de más de una década sobre el patrimonio edificado en Navarra durante el siglo pasado.

No es este el único trabajo de relevancia desarrollado en la Escuela de Arquitectura sobre el patrimonio moderno navarro, sino que al menos tres tesis doctorales han dirigido su investigación en los últimos años sobre la arquitectura moderna navarra. La más generalista de ellas fue defendida en 2009 por su autor, Carlos Docal, y llevaba por título: «Primera arquitectura moderna en y de Navarra (1900-1950). Antecedentes, contexto y desarrollo». Con anterioridad ya se habían presentado los estudios monográficos sobre Joaquín Zarranz, obra de Jose Ramón Garitaonaindía y sobre Fernando Redón que fue el tema de la tesis doctoral del profesor Luis Manuel Fernández-Salido.

Y tampoco ha sido la Escuela de Arquitectura la única institución que se ha ocupado de intentar mostrar y señalar los principales hitos de la arquitectura navarra a lo largo del siglo XX. La Delegación Navarra del Colegio Oficial de Arquitectos Vasco-Navarro, institución que me honro en presidir en estos momentos, con motivo del setenta y cinco aniversario de su constitución, organizó en 2005 una ambiciosa exposición con el título «Pamplona Metrópoli. 1930… modernidad & futuro», acompañada de una lujosa publicación con un texto a cargo de Javier Torrens que pasaba revista a los principales hitos

* Catedrático de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de Navarra.

ISSN: 0032-8472

arquitectónicos y urbanos que habían jalonado el desarrollo de la capital navarra y su entorno inmediato a lo largo de la pasada centuria.

Con anterioridad, la propia Delegación Navarra de Colegio de Arquitectos Vasco-Navarro había promovido la publicación de dos guías de arquitectura, dedicadas sucesivamente a Pamplona y a Pamplona y su comarca en las que, además de a la arquitectura histórica, se prestaba una gran atención a la arquitectura producida en el último siglo.

Y no me gustaría dejar de citar, entre las iniciativas impulsadas desde la institución que presido, en este caso en colaboración con Príncipe de Viana y el Ayuntamiento de Pamplona, la exposición-homenaje que, con su correspondiente catálogo, se dedicó en 1989 a Víctor Eusa comisariada por Fernando Tabuenca.

Sobre la arquitectura navarra inmediatamente anterior al período existen dos trabajos de referencia que es inevitable citar a la hora de hacer arqueo sobre el estado de la cuestión y su bibliografía básica; me refiero a *El academicismo y la arquitectura del siglo XIX en Navarra* de María Larumbe y *Arquitectura y urbanismo en Pamplona a finales del siglo XIX y comienzos del XX*, de Asunción Orbe.

Por tanto, y a pesar de que, como es lógico, las miradas y las selecciones de obras del período realizadas por cada uno de estos trabajos no son exactamente coincidentes, sí que son muchos los edificios que se repiten y, en conjunto, podemos decir que componen con bastante exactitud, por lo menos en lo que respecta a Pamplona y su comarca –y yo añadiría, tras la última guía presentada, a toda Navarra–, la iconografía de la arquitectura moderna en la Comunidad Foral. Corresponde ahora analizar sus características y los perfiles de su desarrollo, señalar sus figuras más relevantes y establecer su encaje en el seno de la arquitectura del siglo XX, tanto española como europea o universal. Como ustedes comprenderán, esta ambiciosa tarea excede el formato de esta ponencia y, desde luego, mi propia capacidad; así que, de manera más modesta, voy a intentar trazar un panorama que abarque los avatares de nuestra disciplina en Navarra durante la modernidad, limitándome a apuntar los que a mi juicio son los perfiles más destacados de esta evolución y a resaltar a las figuras y obras que considero más significativas y que pueden servir de referencia para el conjunto de la producción. Pretendo atravesar la arquitectura navarra del siglo XX con botas de siete leguas, por lo que solicito de antemano indulgencia para los inevitables silencios o simplificaciones en los que pueda incurrir.

En el prólogo a la guía presentada el año pasado, el arquitecto y profesor tudelano D. Rafael Moneo, llamaba la atención sobre el hecho de que sean muchas más las obras que aparecen en la guía realizadas con posterioridad a 1970 que las realizadas con anterioridad a esa fecha y apuntaba al hecho determinante de la creación de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra como factor de la mejora de la calidad que experimenta la arquitectura navarra en las últimas décadas del siglo XX.

Moneo va más allá al señalar que en estos años, en los que la mayor parte de los arquitectos que han trabajado en Navarra son egresados de la Universidad de Navarra, el elenco de obras que recoge la guía demuestra que se ha generado una auténtica «escuela navarra» de arquitectura cuyos rasgos más acusados serían, a juicio de Moneo, la racionalidad y el uso mesurado de materiales y formas.

ISSN: 0032-8472

No discuto el análisis de Moneo sobre el papel desempeñado por la escuela en que me formé y en la que ejerzo mi labor docente –él mismo lo señala como una realidad tangible–, pero me atrevería a extender los rasgos que él entiende que caracterizan a la arquitectura de sus egresados al conjunto de la arquitectura navarra del siglo XX. A mi modo de ver, el mérito de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra probablemente haya residido en haber sabido decantar, perfeccionar y difundir una manera de hacer que ya estaba presente en la tradición moderna navarra, en la obra del propio Moneo, de Javier Guibert y Fernando Redón y, antes, en la de Joaquín Zarranz, Víctor Eusa o los hermanos Yárnoz y que probablemente hunde sus raíces en la propia personalidad artística y productiva de este territorio. Las virtudes más definitorias de esa racionalidad que encuentra Moneo en la última producción arquitectónica de los profesionales navarros; discreción y austeridad formal, adecuación entre medios y fines…, bien podrían servir para caracterizar las maneras de ser y trabajar de los navarros en general.

Pero hablemos ya de obras y de autores y esbocemos el camino que sigue la modernidad arquitectónica en su implantación y progreso en Navarra; lo haremos en diez etapas, una primera simplificación disculpable por la necesidad de ordenar el recorrido a través de una realidad histórica inevitablemente contingente y compleja.

1. NAVARRA FIN DE SIGLO. ENTRE EL MODERNISMO Y EL ECLECTICISMO

Como es bien conocido, Europa llegó a las postrimerías del siglo XIX sumida en todo tipo de conflictos, políticos, sociales y territoriales que terminarían por cristalizar en la Primera Guerra Mundial. La Revolución Industrial que había comenzado en Inglaterra en la primera mitad del siglo, poco a poco, se había ido extendiendo por el continente y los movimientos revolucionarios que había provocado fueron afectando de manera paulatina a los distintos países, promoviendo el anhelo de un nuevo sistema social y político. La historiografía más convencional –y más hagiográfica– de la arquitectura moderna ha tendido a ver a esta como la respuesta a este anhelo, como encarnación formal de un futuro racional y perfecto por el sometimiento definitivo de la amenaza de la máquina.

Desde esta perspectiva, obviamente maniquea, el fin de siglo en arquitectura ha sido presentado como la víspera del triunfo de la vanguardia; un tiempo convulso, lleno de dudas y tensiones. Dos son las corrientes principales que atravesaron este período; por un lado el eclecticismo, episodio final de un siglo dedicado a la revisión histórica desde la derrota de Napoleón y, por otro, el modernismo, el primer intento de liberación de la tiranía formal de los estilos históricos.

Navarra llegaría a ese fin de siglo después de un lento período de desarrollo urbano de su capital y de algunos de sus más importantes municipios, que, de manera casi imperceptible en alguno de los casos, habían iniciado un proceso de expansión más allá de sus originarios trazados medievales. En lo que hace a Pamplona, a lo largo del siglo XIX la ciudad había conocido la construcción de algunos de los edificios más representativos de su patrimonio institucional, así como la configuración de sus espacios públicos más característicos, como es el caso de la plaza del Castillo, antes de la Constitución o del paseo de Valencia, posteriormente denominado de Sarasate.

ISSN: 0032-8472

En arquitectura, el academicismo con el que se había iniciado el siglo, con la impronta dejada en toda España por el neoclasicismo de Ventura Rodríguez y Juan de Villanueva, encontraría, en la primera mitad del siglo, sus dos representantes mayores en las figuras de dos discípulos del arquitecto zaragozano –aunque máximo representante del neoclasicismo vascongado– Silvestre Pérez; el guipuzcoano Pedro Manuel de Ugartemendía, autor de obras como la iglesia de Irañeta, el ayuntamiento de Puente la Reina o el proyecto del Teatro Principal y el bilbaíno José de Nagusía, responsable del palacio de la Diputación y del proyecto definitivo del Teatro Principal a la muerte de Ugartemendía. A estos nombres mayores se les pueden añadir otros como el de Martín Saracíbar, arquitecto del ayuntamiento y la plaza de Tafalla, Simón Martínez Abad, Pedro Ansoleaga, Anselmo Vicuña o Maximiano Hijón, autor del proyecto del Instituto Provincial (actual INAP) o del edificio del café Iruña, dos de los primeros edificios de Pamplona en usar profusamente la naciente tecnología del hierro, y de la decoración del salón del trono del palacio de la Diputación.

En el último tercio del siglo, con la restauración alfonsina, se abriría paso un eclecticismo formalmente más libre que se teñiría de un gusto neomedieval, con rasgos tanto góticos como románicos, acorde con el neocatolicismo promovido por el Concilio Vaticano I, que sucedió en toda España a la más liberal etapa isabelina y que se manifestaría a través de una intensa labor de reconstrucción y ampliación del patrimonio religioso. Los más reputados representantes de este neomedievalismo en Navarra serían dos arquitectos navarros formados en la Escuela de Madrid, Florencio Ansoleaga y Julián Arteaga. A Florencio Ansoleaga se le debe la construcción de los conventos de carmelitas descalzas, salesas y siervas de María o las iglesias de San Agustín y San Lorenzo; mientras que Arteaga sería el arquitecto del convento de las franciscanas misioneras o de San Fermín de Aldapa. También serían ellos los autores de los dos nuevos edificios institucionales que se erigen en Pamplona, el Archivo de Navarra, obra de Florencio Ansoleaga, y el nuevo palacio de Justicia de Julián Arteaga.

Esta arquitectura ecléctica iba a ser también la que dominase en la construcción de las pocas manzanas que constituyeron el primer ensanche de Pamplona en el cambio de siglo, controlado por los militares y dibujado finalmente por el propio Julián Arteaga como arquitecto municipal.

La renovación urbana que supuso la ejecución del Primer Ensanche también tuvo consecuencias para la imagen de la ciudad interior que renovaría muchas de sus fachadas con diseños eclécticos de otros arquitectos que desempeñaban su trabajo en Pamplona en esos años y que también se desenvolvían en la misma clave formal, como era el caso de Ángel Goicoechea o Máximo Goizueta.

Aunque el eclecticismo fue el estilo imperante en Navarra en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, no dejó de haber, al igual que en otros lugares, algunas manifestaciones, o por lo menos algunas influencias, de la corriente modernista que había surgido como novedad en algunas capitales europeas, como es el caso de Barcelona, París, Bruselas, Berlín, Roma o Viena.

En el caso de la capital navarra el arquitecto que dejó las obras más cercanas al modernismo fue Manuel Martínez Ubago. Su primera obra significativa, el monumento a los Fueros en el paseo de Sarasate, estaba realizada en el modo ecléctico habitual de esos años; sin embargo, sus obras mayores –siempre para clientes privados– ofrecerían claros rasgos modernistas. Es el caso, por ejemplo,

ISSN: 0032-8472

de la casa que hace esquina entre las calles General Chinchilla y Padre Moret que actualmente ocupa la Escuela de Música o el del inmueble que ocupa la inmediata esquina entre las calles José Alonso y Padre Moret con su magnífico mirador. Se trata de edificios cuyo diseño formal, si bien no pertenece a la ortodoxia modernista en ninguna de sus manifestaciones (*art nouveau*, *jungenstil*, *liberty*, secesión,…), sí que presenta las suficientes dosis de originalidad formal y ligereza como para poder ser asimilado al modernismo.

2. PERVIVENCIA DEL ECLECTICISMO Y PRIMEROS BROTES RACIONALISTAS. ZARRANZ, MIEMBRO DEL GRUPO NORTE DEL GATEPAC

Al hablar del arranque del racionalismo en Navarra en el primer tercio del siglo XX, conviene dejar claro que, al igual que sucede en el resto de España, en el conjunto de la producción arquitectónica navarra lo que se registra en ese periodo es una clara pervivencia del eclecticismo. Esto se hace evidente en la obra de arquitectos como Serapio Esparza, José Alzugaray, Mariano Arteaga, José y Javier Yárnoz o en las primeras obras del propio Víctor Eusa, También como en el resto de España es fácil reconocer en el trabajo de algunos de estos arquitectos reflejos de las distintas tendencias que, bajo el amplio paraguas del eclecticismo, cobrarían cuerpo en distintos puntos de la península como fue el intento de recrear los estilos históricos españoles, con especial éxito para el neomudéjar, o el auge de la arquitectura regionalista impulsada por Vicente Lampérez y que encontraría en Cantabria con Leonardo Rucabado o en Vizcaya con Manuel Smith su representación más destacada.

Así, pueden reconocerse como manifestaciones del historicismo español obras como el Edificio de Correos y Telégrafos de Joaquín Pla (1919-22), la plaza de Toros de Pamplona de Francisco de Urcola (1921-22), arquitecto donostiarra que ya había realizado con anterioridad otra obra significativa en la plaza de San Francisco de la capital navarra, el edificio de la Agrícola (1910), o la sede del Colegio Notarial de Navarra y Guipúzcoa de José Alzugaray (1925) y, en el caso concreto del neomudéjar, si bien no existen ejemplos puros o especialmente notables, sí que podemos detectar al influencia de esta corriente en algunas obras de la época como es el caso temprano del Manicomio Vasco-Navarro de Goizueta y Martínez Ubago (1891) o en el edificio situado en la calle General Chinchilla que actualmente ocupa la Mancomunidad de Aguas de la Comarca de Pamplona proyectado por Ángel Goicoechea (1899).

En lo que respecta a la arquitectura regionalista, y más concretamente al regionalismo vasco desarrollado en el País Vasco por arquitectos como Pedro Guimón y el ya citado Manuel María de Smith e Ibarra, es inevitable referirse a algunas de las obras más significativas de José Yárnoz Larrosa como son la Escuela de Peritos Agrícolas de Villava y al café restaurante Besta-Jira, ambos edificios realizados con motivo de la Exposición Nacional de Viticultura que se celebró entre el 10 y el 22 de julio de 1912 en Villava. Otra obra interesante de José Yárnoz que también podríamos calificar como regionalista es la iglesia parroquial de Garralda, construida en 1916.

Hay que esperar hasta la tercera década del siglo XX para que en Navarra aparezcan las primeras manifestaciones de algo que podríamos llamar arquitectura racionalista. Los autores de estos primeros brotes de arquitectura

ISSN: 0032-8472

moderna serían los mismos protagonistas de la etapa anterior y, en la mayor parte de ellos, hay que ver su trabajo más como adscripción a una moda pasajera que como aceptación cabal del credo racionalista. Estos mismos arquitectos, no tendrían reparo en volver al academicismo en la posguerra cuando parecía que el gusto del bando vencedor se orientaba en esa dirección.

Dentro de este panorama hay un arquitecto que destaca por su singularidad y por su compromiso con la vanguardia por encima de todos los demás: Joaquín Zarranz (1905-1938); por otra parte, el único arquitecto con talento suficiente como para brillar con luz propia junto a la presencia tiránica para el período de la figura de Víctor Eusa.

Cierto es que el temprano fallecimiento de Zarranz en la guerra, nos impidió ver cuál hubiera podido ser su respuesta al academicismo historicista que uniformó el gusto de la posguerra y que supuso la extinción del racionalismo en España en la década de los cuarenta. Pero también es verdad que sus pocos años de ejercicio profesional bastaron para dar testimonio de su capacidad y que su activa militancia en el Grupo Norte del G.A.T.E.P.A.C. (Grupo de Artistas y Técnicos Españoles Para la Arquitectura Contemporánea) junto a arquitectos tan importantes para la historia de la arquitectura moderna española como Luis Vallejo, José Manuel Aizpúrua, Joaquín Labayen o Tomás Bilbao, le ubica sin duda entre las filas más decididas y radicales de la vanguardia.

El mayor éxito profesional de su corta trayectoria fue la victoria, junto con su amigo Juan de Madariaga, en el concurso para la construcción del Grupo Escolar Tomás Meabe en Bilbao, un concurso que alcanzó amplia notoriedad en el país y al que se presentaron los arquitectos más destacados de la vanguardia española. El concurso se celebró en 1932 y la propuesta de Zarranz y Madariaga resultó ganadora no solo por su calidad arquitectónica, sino por la manera en que incorporaba al proyecto los nuevos criterios educacionales que se estaban abriendo paso en Europa y en España. El edificio solo se pudo construir parcialmente debido a las dificultades económicas de la época y la llegada de la Guerra Civil supuso el parón definitivo de su construcción.

Su obra más destacada en Navarra fue también fruto de un concurso, este de carácter restringido, convocado para erigir el edificio para la nueva sede de la Caja de Ahorros Municipal de Pamplona en el actual paseo de Sarasate que se celebró en 1933 y en el que se impuso a arquitectos locales de mayor prestigio y trayectoria como José Alzugaray, Serapio Esparza o los hermanos Yárnoz.

No fue esta su única obra reseñable en Navarra, porque también proyectó la colonia Argaray de Pamplona, algún bloque de viviendas como el que construyó junto con Víctor Oteiza en la avenida de Baja Navarra, número 30-32, y otras que ya han desaparecido como las instalaciones del Club Deportivo Larraina o la tribuna del primer estadio de Osasuna en el antiguo campo de San Juan.

3. LA FIGURA DE VÍCTOR EUSA

Si Joaquín Zarranz, por sus circunstancias biográficas, solo dejó unas pequeñas muestras de su talento, el caso de Víctor Eusa (1894-1990) es precisamente el contrario; la presencia de su trabajo en Navarra es absolutamente abrumadora. No solo porque fue un arquitecto extraordinariamente prolífico, sino porque la práctica totalidad de su obra se produjo dentro de los límites de la Comunidad Foral.

ISSN: 0032-8472

No tengo espacio, ni es mi objetivo entrar al análisis detallado que su obra merece, pero considero que es importante señalar que Víctor Eusa fue un arquitecto especialmente dotado; su facilidad innata le permitió brillar desde sus tiempos escolares y salir vencedor del primer concurso al que se presentó nada más acabar la carrera, el casino Gran Kursaal de San Sebastián, hoy demolido, que fue, además, una de las escasísimas obras que realizó fuera de Navarra.

Esa misma facilidad le permitió transitar por los distintos lenguajes arquitectónicos que salieron a su encuentro a lo largo de su dilatada carrera, desde el eclecticismo al racionalismo, pasando por otros como el regionalismo, el expresionismo, el *art decó*, el estilo de la Secesión Vienesa o el neoplasticismo holandés; tampoco puso pegas a regresar al academicismo en la posguerra; y sin embargo, detrás de esta variedad de registros siempre se reconoce su asombrosa y personal fuerza creativa que eleva la dimensión de su figura muy por encima de la de un habilidoso estilista y otorga al conjunto de su obra un sello personal que la dota, pese a los diferentes lenguajes utilizados, de una sorprendente y extraordinaria coherencia, fruto de la intensidad y exigencia con la que enfrentaba todos y cada uno de sus proyectos; una intensidad que no decayó ni siquiera cuando el éxito profesional que alcanzó llenase su oficina de una ingente y variada cantidad de encargos.

A esta capacidad para utilizar con semejante maestría lenguajes muy diferentes y para trasgredir las normas de cada uno de ellos cuando el carácter o la adecuación del uso así lo requirieran hay que añadir su condición de constructor, su extraordinario dominio del oficio y una especial sensibilidad hacia la escena urbana. Su arquitectura no solo es poderosa y no está exenta de elegancia, sino que exhibe una especial atención al lugar, todavía más reconocible cuando ese lugar es la ciudad; la ductilidad con la que sus edificios adecúan sus sistemas formales en atención a los distintos episodios urbanos sugieren una responsabilidad ciudadana que le distancia del habitual autismo de la vanguardia y que le pone en relación con los grandes constructores de ciudad del cambio de siglo, empezando por su admirado Otto Wagner.

Pamplona, en especial su Segundo Ensanche, está repleta de proyectos de Eusa que dan testimonio de la amplitud de sus registros y de su voluntad de hacer ciudad. Entre otras muchas –sobre todo bloques de viviendas– destacan el casino Eslava, en el que se funden *art-decó* y secesión wagneriana; el antiguo Crédito Navarro, brillante ejercicio academicista; el edificio del café Bahía, una de sus mejores y más puras obras expresionistas; el edificio de la Vasco-Navarra, muestra de su primeriza etapa ecléctica junto con la cercana casa Goicoechea, con ciertos toques decó el primero y regionalistas la segunda; el edificio Aurora, sin duda su mejor obra en su vuelta al academicismo en los cincuenta, con su ejemplar resolución de la esquina; y el convento para las Hijas de María Inmaculada; el colegio San Miguel para los PP. Escolapios, la iglesia de la Milagrosa, la Casa de Misericordia o el Seminario, quizás las obras que formalmente más se han identificado con Víctor Eusa, proyectadas en un lenguaje expresionista aderezado con cierto toque ornamental de inspiración secesionista.

De todas formas, la presencia de su trabajo no se circunscribe a Pamplona, sino que se extiende por el conjunto de la geografía navarra, ampliando incluso sus registros formales con obras como el asilo de Tafalla con claras influencias de la arquitectura holandesa, sobre todo de Wilhem Dudok; el hotel Ayestarán

ISSN: 0032-8472

de Lecumberri y la colonia infantil San Miguel in Excelsis de Zudaire, notables ejercicios de regionalismo; la basílica del Puy en Estella, expresionista, o el ayuntamiento de Olite, de carácter historicista, entre otras muchas más.

4. LA VUELTA DEL ECLECTICISMO EN LA POSGUERRA

Podemos decir sin temor a exagerar que Eusa protagoniza la arquitectura navarra de manera casi exclusiva desde los años veinte hasta el ecuador del siglo, por lo menos es así para cierta historiografía, escrita desde el convencimiento de la superioridad moral de la arquitectura moderna y que encuentra en el arquitecto pamplonés el argumento más próximo para el desarrollo de su relato en Navarra. Estas visiones, inevitablemente reductivas, han condenado a un cierto ostracismo a la otra gran figura del período, José Yárnoz Larrosa, un arquitecto algo mayor que Eusa que alcanzó fama nacional pero cuya fidelidad al academicismo ha penalizado, por lo menos para una buena parte de la crítica, la valoración de su trabajo.

Para la versión más convencional de esta crítica, la arquitectura racionalista comienza en España en los años veinte y desaparece con la Guerra Civil, siendo sustituida por un academicismo de ambición monumentalista que recibe las influencias formales de la arquitectura practicada oficialmente en los regímenes totalitarios de Alemania e Italia. Dejando al margen las obvias implicaciones ideológicas que se derivan de tan lineal ecuación, una figura como Yárnoz desmonta esa visión secuencial del desarrollo de la arquitectura de la primera mitad del siglo XX en España y demuestra la pervivencia del academicismo como una componente ineludible de la producción arquitectónica del período en nuestro país. De hecho, la moderna historiografía, eludiendo los prejuicios ideológicos, hace ya tiempo que ha cuestionado que exista una relación tan directa entre el estallido de la Guerra Civil y el eclipse de la arquitectura moderna en España, detectando un cambio de gusto formal hacia el ecuador de la década de los treinta que acabaría decantándose de manera definitiva en la posguerra influido por el espíritu autárquico y refractario a cualquier influencia internacional que caracterizó al régimen emanado de la contienda.

No es este un debate que corresponda a este momento, pero me ha parecido pertinente enunciarlo para comprender mejor el entorno crítico en el que se ha desenvuelto la valoración del trabajo profesional de José Yárnoz, que no puede ser obviado o minusvalorado a la hora de intentar dar una visión íntegra del desarrollo de la arquitectura del último siglo en Navarra.

A pesar de que desde muy pronto ubicó su estudio en Madrid son muchas y muy importantes las obras que realizó José Yárnoz en Navarra; a las primeras ya nos hemos referido, realizadas después de su triunfo, al poco de acabar su carrera, en el concurso para la sede de la Exposición Nacional de Viticultura en Villava, los edificios que en la actualidad albergan la Escuela de Peritos Agrícolas y el Besta Jira, resueltos en el estilo regionalista vasco tan de moda en la época, al igual que la iglesia parroquial de Garralda realizada un poco más tarde.

Una vez instalado profesionalmente en Madrid su prestigio alcanzaría una dimensión nacional y su arquitectura iría despojándose del carácter localista de esas primeras obras para empezar a desempeñarse en un lenguaje clasicista que algunos han tildado de neobarroco.

ISSN: 0032-8472

Arquitecto del Banco de España desde 1916, suya sería la ampliación de la sede central de la institución, fábrica que, curiosamente sería ampliada de nuevo en los ochenta por otro arquitecto navarro, Rafael Moneo; y suyas serían las sucursales de muchas de las capitales españolas entre ellas la de Pamplona.

No fue esta la única obra realizada en Pamplona después de su traslado a Madrid, sino que la presencia de su trabajo en la capital navarra se extiende hasta los años cincuenta y con hitos tan significativos como la ampliación del palacio de Navarra, fruto de un concurso al que acudió con su hermano Javier, el cine Olimpia, las casas baratas que recientemente se han demolido entre las calles Leyre, Amaya, Teobaldos y Olite, los institutos de la plaza de la Cruz, el también desaparecido cine Príncipe de Viana, el edificio de la Hacienda Foral, resuelto en el estilo decó con el que flirteó en los años treinta o las dos grandes obras de posguerra realizadas con Víctor Eusa –aunque parece que este trabajó fundamentalmente en la dirección de obra– el monumento a los Caídos en la plaza Conde de Rodezno y, un poco más tarde, la iglesia de San Miguel, también en la plaza de la Cruz; ejemplos de esa arquitectura de posguerra academicista que también practicaron otros arquitectos españoles como su amigo Modesto López Otero, Gutiérrez Soto, Pedro Muguruza o Luis Moya.

En otro orden de cosas, también con su hermano Javier, en 1924 consiguió alzarse con el concurso para la restauración del castillo de Olite lo que le acercó al campo de la restauración monumental y propició que en 1940 fuera nombrado director del Servicio de Monumentos de la Institución Príncipe de Viana, puesto que también alcanzaría su hijo José María.

No podemos dejar pasar este capítulo dedicado al academicismo sin glosar mínimamente la figura de Javier Yárnoz Larrosa, el hermano menor de José, también arquitecto notable que hizo tándem con su hermano en muchas de las obras realizadas entre 1923 y 1936 y que fue el responsable directo del proyecto para el nuevo Gayarre, ya en la avenida Carlos III, tras vencer en el concurso convocado al efecto que obligaba a mantener los elementos clásicos del edificio original, pero que dio ocasión al arquitecto de exhibir su maestría en la brillante resolución de la planta en un solar muy complicado. También los edificios de viviendas que completan la manzana fueron diseñados por el pequeño de los Yárnoz que utilizó para el diálogo con la más clasicista fachada del Teatro un estilo vagamente *decó*.

Como es conocido, la guerra truncó la carrera profesional de Javier Yárnoz, por lo menos en España, ya que su matrimonio con Carmen Húder le hizo vivir de cerca el fusilamiento de su cuñado Marino Húder y del primo de su mujer Ramón Húder por su militancia izquierdista en los terribles primeros días de la Guerra Civil. El horror que le produjeron tales sucesos luctuosos le llevó al exilio por compromiso ético. El resto de su vida profesional se desarrollaría, no sin dificultades, ya lejos de Navarra, en Venezuela, donde fallecería en 1963.

5. UN NUEVO COMIENZO: GUIBERT Y REDÓN

Son muchas las circunstancias históricas y sociológicas que caracterizan la arquitectura que se practicó en España en la década de los cuarenta y, a pesar del rescate historiográfico del período que se produjo en torno a los ochenta, que reconoció el oficio y la calidad de alguno de sus más conspicuos representantes, resulta difícil dirigir la mirada a la arquitectura de posguerra sin ciertas dosis de

ISSN: 0032-8472

negatividad. El aislamiento político, la necesidad de reconstruir un país fuertemente devastado desde una situación de penuria económica, la férrea disciplina ideológica… forzosamente tenían que condicionar la producción arquitectónica del momento. Tampoco la Europa sumida en el conflicto mundial estaba en condiciones de suministrar modelos, más allá de los ya referidos proporcionados por los totalitarismos alemán e italiano en los primeros años de la guerra; la vanguardia moderna que había florecido en las dos décadas anteriores había sido barrida del escenario europeo e intentaba recomponerse en el exilio americano.

El final de la década, sin embargo, traería consigo el nacimiento de una nueva etapa que daría paso, desde el punto de vista colectivo, al período más brillante de la arquitectura española a lo largo del siglo XX. Los años cincuenta y sesenta conocieron en España el despegue de una nueva generación de arquitectos cuajada de talento que sentaría las bases para el desarrollo disciplinar que elevaría a la arquitectura española hasta las altas cotas de prestigio internacional de que goza en estos momentos.

Dos son los acontecimientos que la crítica ha ungido simbólicamente con el marchamo de inicio del cambio de ciclo; son dos concursos y, sobre todo, las propuestas que se alzaron como ganadoras. Ambos se produjeron al final de la década de los cuarenta; el de la Casa Sindical en 1949 y el de la basílica de Aránzazu en 1950. El primero fue ganado *ex aequo* por Rafael Aburto y Francisco de Asís Cabrero y en el segundo el primer premio lo obtuvo la propuesta presentada por el navarro Francisco Javier Sáenz de Oiza junto con Luis Laorga. Se trata de dos acontecimientos internos a la propia disciplina, claro síntoma de la escasa carga ideológica que acompañó a esta renovación de la arquitectura, que se desarrolló con la aquiescencia de un régimen que necesitaba mostrar otra imagen hacia el exterior y fue protagonizada por arquitectos que, en su mayoría, no cuestionaban el *statu quo* existente en el país, pero que querían liberarse de la pesada carga del historicismo y homologar internacionalmente la arquitectura española.

En todo caso, ha surgido aquí el nombre de un arquitecto navarro, Francisco Javier Sáenz de Oiza, que iba a tener un protagonismo muy destacado a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XX (fallecería el año 2000), con obras tan significativas como la propia basílica de Aránzazu, Torres Blancas o la sede del Banco de Bilbao de la Castellana de Madrid, auténticos monumentos de la arquitectura moderna española.

Sin embargo, la presencia de la arquitectura de Sáenz de Oíza en Navarra tuvo que hacerse esperar hasta bien entrada la década de los ochenta cuando recibió el encargo, por parte del Gobierno de Navarra, del diseño y construcción de la Universidad Pública de Navarra. Una obra importante y significativa por su dimensión y por lo que ha supuesto para Navarra, pero lejos de los trabajos más brillantes del arquitecto de Cáseda. A pesar de todo, todavía tendría Sáenz de Oíza la oportunidad de dejar en Navarra una obra a la altura de su prestigio; el Museo Oteiza en Alzuza; lo haría a título póstumo porque la obra se ejecutó después de su muerte y fue dirigida por sus hijos. Fue también su último encuentro con su amigo Jorge Oteiza que le había acompañado en la aventura de Aránzazu y en otras muchas más y la última oportunidad de trabajar para Juan Huarte, primer presidente del Patronato de la Fundación Museo Jorge Oteiza que como promotor y constructor había arriesgado con él en el experimento de Torres Blancas, el primer éxito internacional de Oiza.

ISSN: 0032-8472

Y si antes destacábamos la presencia de un arquitecto navarro entre los protagonistas más señalados de la renovación arquitectónica que se produce en los cincuenta, tampoco podemos dejar pasar un apellido como el de Huarte sin glosar mínimamente la aportación de esta familia a la arquitectura navarra y española en general.

El caso de Félix Huarte, el patriarca, es perfectamente conocido; un hombre que, saliendo prácticamente de la nada creó la constructora más importante de España y un poderosísimo grupo industrial. Su impulso, primero como empresario y al final desde el puesto de vicepresidente de la Diputación de Navarra, ha sido considerado determinante en la transformación y modernización que vivió el tejido productivo navarro a lo largo del siglo XX.

También es conocida su acción continuada de mecenazgo para con artistas y arquitectos y la participación de su empresa en la ejecución de algunos de los edificios más importantes construidos en España en la mitad central del siglo, ya desde antes del comienzo de la guerra.

Esa labor de mecenazgo sería prolongada por sus hijos que se erigieron en auténticos activistas culturales; el recuerdo de los sorprendentes y exitosos «Encuentros» celebrados en Pamplona en 1972 es solo una pequeña muestra de su trabajo en este sentido. Pero además está la relación de Juan Huarte con Oteiza y otros artistas y con Sáenz de Oiza; las colecciones pictóricas de Jesús o María Josefa; la amistad de Felipe con Redón…

En lo que se refiere a la renovación de la arquitectura, la participación de los Huarte fue mucho más allá de actuar como contrata en muchas de las obras maestras que se construyeron en la época, provocando un salto hacia delante en el desarrollo tecnológico de la edificación en España, sino que también se implicaron en la promoción de la efervescencia artística del momento mediante exposiciones, revistas de vanguardia –*Nueva Forma* estaba subvencionada por el Grupo Huarte– y por el apoyo decidido a artistas y arquitectos; las propias casas que construyeron para sí mismos dan la medida de su compromiso con la arquitectura moderna y su apuesta por los nuevos creadores. Está en primer lugar Villa Adriana, la casa familiar, encargada por Félix Huarte a Víctor Eusa, pero también la casa de Formentor que Sáenz de Oiza construyó para Juan, ampliando una construcción local, y la que Jose Antonio Corrales y Ramón Vázquez Molezún proyectaron para la familia de Jesús en Puerta de Hierro. Antes de estas tres últimas, en la propia finca de Villa Adriana, habría que reseñar también la casa de Felipe proyectada por un joven Fernando Redón quien más tarde repetiría para el propio Felipe con otra casa junto al Mar Menor. Observadas en secuencia estas casas, no cabe duda de que constituyen una apretada síntesis de un momento de la historia de la arquitectura española en la que los Huarte fueron tan protagonistas como los propios arquitectos.

De todas formas, la evolución que experimentó la arquitectura española a partir de 1950 tardaría todavía un tiempo en producir efectos en Navarra, que tendría que esperar al final de la década para que emergieran figuras como Fernando Redón, Javier Guibert o Estanislao de la Quadra-Salcedo y propiciaran la renovación estilística.

La arquitectura más representativa de esa primera parte de la década de los cincuenta podemos encontrarla en el Eusa tardío del edificio de la Aurora Polar o el colegio de los maristas de la avenida de Galicia, en la iglesia de San Francisco Javier de Miguel Gortari o en el chalet de Izu de Ramón Urmeneta,

ISSN: 0032-8472

ambos en la avenida de la Baja Navarra; edificios susceptibles todos ellos de ser catalogados como eclécticos.

En este contexto, las primeras obras que construyó Fernando Redón en Pamplona, unas viviendas sociales en la Milagrosa y en la cuesta de Larraina, dos conjuntos de factura muy similar, con sus fachadas planas y sus huecos recortados con precisión compositiva, representaron la irrupción en la arquitectura navarra de un nuevo lenguaje en el que primaba la abstracción y que supuso el punto de arranque de la llegada a Navarra de la renovación estilística que ya se estaba dando en el resto de España.

Estas primeras obras significaron, además, el inicio de su colaboración con Javier Guibert –en este caso también con Ramón Urmeneta y Francisco Garráus– que tan fructífera acabaría siendo para la arquitectura navarra de la segunda mitad del siglo.

La primera gran obra de estos jóvenes arquitectos sería la ya citada casa para Felipe Huarte en la finca de Villa Adriana, con un mayor protagonismo para Fernando Redón, amigo personal de Felipe. Una obra muy influida por los modelos californianos que el propio Redón había tenido ocasión de conocer de primera mano en su breve etapa de colaboración con Richard Neutra en el concurso para las bases americanas de Torrejón.

La colaboración entre Javier Guibert y Fernando Redón se extendería hasta finales de la década siguiente y dejaría algunas de las obras más importantes de las realizadas en Navarra en todo el siglo como son el bloque de las Hiedras I, el club Klinker en Olazagutía, las torres de Huarte, la torre de Erroz o el magnífico club de Golf de la Ultzama.

Ya en solitario la actividad de Fernando Redón se prolongaría durante la década de los setenta con un cierto nivel de actividad para hacerse después más esporádica y diversa en un momento en el que en toda España se registraba un nuevo cambio de gusto y un cierto sentimiento de hastío hacia las formas que habían marcado el renacimiento de la arquitectura moderna en nuestro país. Edificios como el convento agustinas de San Pedro, la residencia Juan XXIII para las madres reparadoras o la clínica Ubarmin testimonian el mantenimiento no solo de la actividad, sino de la calidad, en el trabajo de Fernando Redón durante los últimos años sesenta y a lo largo de la década siguiente.

Por su parte, Javier Guibert no tardaría mucho en abandonar el escenario navarro para trasladar su residencia a Madrid, dejando todavía alguna obra interesante como el Edificio Singular de la avenida del Ejército pamplonesa, al otro extremo de otro edificio también de carácter singular y construido más o menos por la misma época para albergar la sede de la Caja de Ahorros Municipal de Pamplona; un edificio de oficinas notable por su calidad compositiva y volumétrica, pero sobre todo por su brillante construcción en hormigón armado visto, obra de Fernando San Martín, Xabier Sánchez de Muniáin y Roberto Urtasun.

Además de al trabajo de Redón y Guibert, en este apartado dedicado a la presencia de la arquitectura moderna de los años cincuenta y sesenta en Navarra no podemos dejar de referirnos a la figura de Estanislao de la Quadra-Salcedo, autor de algunos de los hitos más importantes del período construidos en Pamplona, ciudad de la que fue arquitecto municipal. Me refiero concretamente a la Casa de la Juventud; edificio de 1965, dotado de una vibrante volumetría resuelta en ladrillo y hormigón que le acerca al brutalismo y a otras corrientes revisionistas en boga en los años sesenta en Europa y, junto con Juan Capdevilla,

ISSN: 0032-8472

a la torre de viviendas situada junto a la actual rotonda de la Biurdana, un edificio de gran personalidad en el que resuenan ecos tanto de la arquitectura de Wright en la organización radial en planta como del brutalismo anglosajón de los sesenta en el recurso a la exhibición estructural y al uso del color y de elementos prefabricados.

De su trabajo como arquitecto municipal queda el legado de la gran solución de la plaza de los Fueros, brillante ejemplo de diseño urbano puesto al servicio de la ordenación de un punto conflictivo de tráfico en el que se encontraban tramas urbanas de distinto carácter. El trazado geométrico y la depresión del polivalente espacio central, aislándolo de la continua circulación de vehículos del plano superior, son algunos de los muchos aciertos que se contienen en este proyecto. La elegancia y el cuidado de los detalles es otro, y en ellos se detecta nítida la presencia como coautor, junto a De la Quadra-Salcedo, de un entonces emergente Rafael Moneo pronto a dejar su carta de presentación en Madrid con su primera gran obra maestra, el edificio Bankinter en el paseo de la Castellana.

6. RAFAEL MONEO, DE TUDELA A LOS ÁNGELES

Resulta obvio, a estas alturas de su dilatada carrera, que Rafael Moneo es el arquitecto navarro más importante del siglo XX y de lo que llevamos de XXI; por no decir de todos los tiempos, si es que eso puede medirse de alguna forma. El prestigio internacional alcanzado por su trabajo –el único español Premio Pritzker, el galardón más importante al que puede aspirar un arquitecto–, la extensión de su obra y su dispersión no solo por el conjunto de la geografía nacional, sino mucho más allá de nuestras fronteras y, sobre todo la posición de maestro indiscutible de la arquitectura española que ha ocupado con todo merecimiento desde principios de la década de los ochenta hasta hoy, no son sino manifestaciones de la trascendencia de su trabajo.

Obras de la calidad del Museo Romano de Mérida, la Fundación Miró, en Mallorca, los ayuntamientos de Logroño y Murcia, el auditorio de Barcelona, la estación de Atocha, el Kursaal de San Sebastián o la Illa de Barcelona, auténticos hitos de la arquitectura española de los últimos años del siglo XX y primeros del XXI, además de un buen número de prestigiosos trabajos en Europa y América como el Museo de Arte Moderno de Estocolmo, el nuevo edificio para la facultad de Ciencias de Columbia en Nueva York, el Museo Davis en Wellesley, Massachusetts, el Museo de Bellas Artes Audrey Jones Beck en Houston o la catedral de Nuestra Señora de los Ángeles en Los Ángeles, entre otros, no hacen sino testimoniar la condición de arquitecto de talla internacional alcanzado por el tudelano.

Sus obras en Navarra, por desgracia, no son muy numerosas y se reparten primordialmente entre Tudela y Pamplona. La capital ribera acoge sus primeras obras, así como el conjunto que forman la Misericordia y el paseo del Quiles, mientras que en Pamplona, además de en la ya referida plaza de los Fueros se puede encontrar su huella primeriza en la ampliación de la plaza de Toros, en un edificio de viviendas en la calle Plazaola y, ya más reciente, en el Archivo de Navarra, brillante transformación del palacio de los Reyes de Navarra para este nuevo uso y en las bodegas Señorío de Arínzano en Aberin para Julián Chivite. En breve se ampliará esta reducida lista con el Museo de la Universidad

ISSN: 0032-8472

de Navarra, cuyas obras están a punto de finalizarse, y que albergará los fondos de la colección de Arte Contemporáneo de María Josefa Huarte cedidos a la Universidad, enésima acción de un miembro de la familia Huarte en favor del arte y la arquitectura.

De todas formas, aunque Rafael Moneo no haya estado directamente presente en Navarra a través de una obra muy extensa, sí que es necesario reconocer la influencia de su magisterio, en general sobre mucha de la producción navarra y en particular sobre la de algunos notables arquitectos que han sido colaboradores suyos, como es el caso de Manuel Blasco o Luis y Fernando Tabuenca.

7. UNA ESCUELA DE ARQUITECTURA EN NAVARRA. PROFESORES Y PRIMEROS ALUMNOS

Ya decíamos al principio de esta ponencia que, para la arquitectura navarra del siglo XX, hay un antes y un después desde la creación de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra en 1964. Son muchas y muy variadas las razones que justifican este aserto. Está en primer lugar el mero hecho de que la posibilidad de estudiar la carrera de arquitectura se abría de esta manera a un mayor número de navarros, al mismo tiempo que el nuevo centro universitario se convertía en polo de atracción de estudiantes venidos de distintos puntos de España. Está también la actividad en torno a la arquitectura que genera una institución de estas características con un inevitable efecto en el ambiente cultural navarro. Y está la propia producción de los arquitectos egresados de la escuela, una producción que, en términos generales, ha alcanzado una notable cota de calidad, impulsada por una querencia generalizada por un responsable ejercicio de la disciplina y por la inevitable competencia derivada de la presencia, en una comunidad tan pequeña, de un elevado número de profesionales.

El proceso de creación de la escuela supuso, también, el aterrizaje en Navarra de una serie de arquitectos foráneos que llegaban a incorporarse a la Escuela como profesores, que abrieron sus despachos profesionales en la Comunidad Foral y que provocaron un enriquecimiento de la oferta profesional en un momento en el que Navarra se hallaba inmersa en un ciclo de expansión con la transformación de su tejido productivo.

No todos los profesores de la nueva escuela llegaron de fuera, un buen grupo de profesionales residentes en Navarra se incorporó a la tarea docente, lo que permitió, en cierta medida, un enraizamiento con la tradición local; fue el caso de Miguel Gortari, Ramón Urmeneta, Fernando Nagore, Fernando San Martín, Carlos Sobrini o el propio Fernando Redón.

La propia construcción de los edificios de la Universidad supuso un hito para el parque edificado de Pamplona. Aunque se trata de un conjunto heterogéneo de edificios, de desigual calidad desde el punto de vista de su valoración arquitectónica, sí que algunos de ellos se encuentran entre los mejores de los construidos entre los sesenta y setenta. Es el caso de la Clínica Universitaria o edificio de Bibliotecas de Ignacio Araujo y Juan Lahuerta, el edificio de Ciencias de Carlos Sobrini, los comedores universitarios de Rafael Echaide, o la propia Escuela de Arquitectura de Carlos Sobrini, Rafael Echaide y Eugenio Aguinaga.

También hubo profesores que no han dejado mucha huella construida en Navarra pero que su impacto sobre sus alumnos ha sido poderoso, condicionando esa manera de hacer propia a la que antes nos hemos referido. Es el caso

ISSN: 0032-8472

del malogrado Francisco Inza a cuyo alrededor se originaron los primeros atisbos de una posible «escuela». Su amistad con Fernando Redón y Javier Guibert y, sobre todo, la efervescencia de su estudio, una casa abierta para sus alumnos, fueron el caldo de cultivo para el nacimiento de una nueva generación de arquitectos, ya formados en Pamplona, que se iniciaron profesionalmente colaborando con ellos, como es el caso de Manuel Blasco, Manuel Sagastume o Luis Tabuenca.

El temprano fallecimiento de Curro Inza en el verano de 1976, dejó algo huérfano este primer brote; sin embargo, su hueco pronto sería ocupado por una figura todavía más carismática, Javier Carvajal, un arquitecto tan prestigioso en el ámbito profesional como en el académico, a quien su compleja trayectoria política acabaría condenando a un ostracismo que le haría prácticamente desaparecer de la escena profesional a comienzos de los años ochenta.

En cierta medida, la docencia en Pamplona fue un refugio para Javier Carvajal frente a su frustración profesional; también mantuvo su dedicación docente en la Escuela de Madrid desde su cátedra de Proyectos, pero allí su influencia se diluía en competencia con otros referentes académicos. Sin embargo, su protagonismo en la consolidación de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra fue extraordinario durante los más de veinte años que se prolongó su labor docente en Pamplona y hoy en día son legión los arquitectos egresados de la escuela –y no solo navarros– que se consideran discípulos suyos.

Su aportación a la arquitectura navarra se limita a un único edificio, terminado ya después de su jubilación como catedrático; la nueva biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra, un más que notable colofón a una carrera tan cuajada de éxitos como de desengaños.

8. LA POSMODERNIDAD EN NAVARRA. CRÓNICA DE LOS 80

Sin embargo, antes de la llegada de Javier Carvajal a Pamplona ya habían salido de la escuela unas cuantas promociones que pronto empezaron a engrosar la reducida nómina de arquitectos que por entonces ejercían su profesión en Pamplona. Estos primeros alumnos alcanzarían su madurez profesional en medio del proceso revisionista que sobre los postulados más convencionales de la arquitectura moderna se había puesto en marcha desde distintos escenarios críticos a lo largo de la década de los setenta.

Los ecos de esta polémica llegarían hasta Pamplona a través de algunos de los arquitectos más atentos, cuyo trabajo empezaría a marcar distancia respecto de la enseñanza recibida en la escuela e incluso con la propia escuela. Partiendo de una actividad cultural muy dinámica, arquitectos como Patxi Biurrun, Manuel Íñiguez o Alberto Ustárroz se convirtieron en auténticos pioneros de una nueva sensibilidad en la arquitectura navarra. Una mayor atención a la ciudad y a su historia y una recuperación de formas y materiales tradicionales, como valores opuestos a la zonificación urbana y a la objetualización de la arquitectura propias de la llamada arquitectura moderna, serían los rasgos más acusados de una nueva forma de entender el trabajo y las preocupaciones de los arquitectos a principios de los ochenta. Otros más, pertenecientes a las siguientes generaciones, no todos egresados de la escuela de Navarra, fueron acercándose a esta puesta en primer plano de la problemática urbana; podíamos citar a Sigifredo Martín y Víctor Honorato o a Javier Torrens y Miguel Laurenz.

ISSN: 0032-8472

Algo mayores que todos estos y formados en Barcelona, pero con un indudable protagonismo en la transición entre los setenta y los ochenta en el panorama navarro, serían Miguel Ángel Garaikoetxea y Fermín Modrego que sembraron las primeras semillas de un incipiente revisionismo todavía desde una cierta ortodoxia, a través de una arquitectura marcada por su calidad y elegancia.

En cambio, Patxi Biurrun, cuyo trabajo, concretamente una casa en Tajonar, llegaría a estar presente en una muestra tan significativa para los nuevos gustos como la que tuvo lugar en Venecia con ocasión de la celebración de la II Bienal con el título «Presencia del pasado», pronto abandonaría Pamplona para dedicarse a la docencia en Barcelona y solo mantendría en Navarra una presencia ocasional a través de algunos encargos como el centro de salud de San Jorge.

Los que sí se convirtieron en referentes de una cierta tendencia, y no solo en Navarra, fueron Manuel Íñiguez y Alberto Ustárroz, quienes, junto a los guipuzcoanos Miguel Garay y José Ignacio Linazasoro, abanderaron en los 80 una refundación disciplinar similar a la que se estaba proponiendo en otros ámbitos europeos, que alcanzó gran predicamento entre muchos de los jóvenes arquitectos navarros salidos de las primeras promociones de la Escuela de Pamplona y que acabaría por erigirse en seña de identidad de la Escuela de Arquitectura de San Sebastián, que se había puesto en marcha en 1977, donde ejercieron y todavía ejercen su docencia.

De sus obras de ese período probablemente la más representativa fuera el restaurante-asador Erreleku de Cordovilla; un edificio que se convirtió en un auténtico icono de aquella propuesta de reinvención de la arquitectura desde una mirada al pasado que habían impulsado arquitectos como Leon Krier y críticos como Maurice Culot. Su éxito mediático traspasó el ámbito nacional para alcanzar una difusión internacional extraordinaria. El gran acierto de este proyecto de Íñiguez y Ustárroz –y la explicación de su fortuna crítica– consistió en el hecho de que fueron capaces de construir una arquitectura que hasta entonces solo existía en ensoñaciones gráficas.

Esta línea de trabajo se perpetuó en obras posteriores de los mismos arquitectos como los Centros de Salud de Lesaka y del Casco Viejo de Pamplona, aunque su actividad profesional disminuyó en intensidad a partir de los noventa y su dedicación se centró fundamentalmente en la docencia.

9. LA CRISTALIZACIÓN DE LA «ESCUELA DE PAMPLONA» Y LAS GRANDES OBRAS DE FIN DE SIGLO

En paralelo al paulatino eclipse de aquellas propuestas formales susceptibles de ser tildadas de postmodernas o de tendencias revisionistas como la que encarnaban Íñiguez y Ustárroz, durante la década de los ochenta fueron egresando de la Escuela de Arquitectura una serie de generaciones que empezaron a sentar las bases formales de lo que se ha dado en denominar el «estilo pamplona». Este término comenzó a acuñarse a raíz de una exposición (en realidad hubo hasta tres ediciones distintas) de proyectos Fin de Carrera que con el nombre de «Terminus» recorrió distintas escuelas (Burdeos, Madrid…) a principios de los ochenta y que obtuvo un sorprendente éxito. En esa exposición se exhibían los proyectos todavía escolares de arquitectos como Juan Miguel Otxotorena, Fernando Tabuenca o Eduardo de Miguel, que luego llegarían a ser figuras representativas de la arquitectura navarra en el cambio

ISSN: 0032-8472

de siglo, junto con otros originarios de otras regiones como el aragonés Manuel Marquínez, el donostiarra Juan Antonio Barrenetxea o el también aragonés Julio Clúa, todavía profesor en Pamplona.

La exposición fue organizada y montada por jóvenes recién titulados que se habían incorporado a la docencia de la escuela como Miguel Ángel Alonso y Jesús Bazal; también ellos, con sus primeros trabajos profesionales y junto con otros jóvenes profesores de la Escuela como Maite Apezteguía, Ramón Garitano o Luis Tena, contribuirían a la configuración de una manera de hacer que acabaría impregnando fuertemente la docencia en la escuela e identificando a muchos de los que se hicieron arquitectos en sus aulas.

Las influencias que nutrieron esta forma de hacer son de lo más variadas; está el magisterio de Javier Carvajal entre otros, al que ya me he referido, pero también el éxito de unas fórmulas de síntesis que bebían de fuentes tan dispares como el racionalismo ortodoxo de Le Corbusier, la ambigua formalidad de Louis Kahn y el gusto por el detalle y los materiales de Carlo Scarpa; incluso del esencialismo de Aldo Rossi.

Este lenguaje se depuraría y haría más abstracto y sobrio a lo largo de los noventa en medio de un ambiente profesional muy competitivo y la arquitectura navarra pasaría a ocupar un lugar de relevancia creciente entre las arquitecturas periféricas que, con el progreso de la descentralización administrativa, habían ido asomando con personalidad propia en el panorama nacional.

A los nombres antes citados se fueron añadiendo otros –navarros y de adopción– como Francisco Mangado, Alfonso Alzugaray, Rufino Hernández, Conrado Capilla, Pucho Vallejo, Antonio Vaíllo, Jesús Leache o Ana Arriazu. El hecho de que muchos de estos fueran engrosando la plantilla docente de la escuela de arquitectura no haría sino reforzar el vínculo que se estableció entre formación y producción arquitectónica.

Son muchas las obras dignas de ser reseñadas de este período de afirmación de esta nueva generación y de tipologías muy variadas como las bodegas de Marco Real en Olite de Mangado y Apezteguía, el centro de salud de Iturrama de estos mismos arquitectos junto con Alfonso Alzugaray, el Club Deportivo de Zuasti de Mangado y Alzugaray, las pistas polideportivas de la Universidad de Navarra y el Museo del Vino de Olite de Miguel Ángel Alonso y Rufino Hernández, el polideportivo de Roncal y la cubierta del frontón de Miranda de Arga de Luis Tena y Javier Errea, El frontón de Urroz de Fernando Tabuenca, Jesús Leache y Javier Errea, la restauración de la torre Jauregia en Donamaría de Maite Apezteguía, el centro de salud de Azpilagaña de Eduardo de Miguel y Jesús Leache, el colegio Miravalles de Juan Miguel Otxotorena, el edificio polifuncional de Mendebaldea de Vaíllo e Irigaray o los trabajos realizados desde la Institución Príncipe de Viana en la catedral de Pamplona o en la colegiata de Roncesvalles por Javier Sancho y Leopoldo Gil, respectivamente.

Los últimos años del siglo, además de desarrollos urbanos como Mendillorri o Sarriguren con notables ejemplos de arquitectura doméstica, conocerían también la construcción de algunos edificios muy significativos en el centro de la ciudad que, por un lado, respondían a la mejora del equipamiento ciudadano, pero que también podían asimilarse a la corriente a favor de una recuperación del valor significante de la arquitectura y de su capacidad de regenerar el tejido urbano a través de la creación de nuevos hitos, en coincidencia con operaciones más o menos similares desarrolladas en otras ciudades españolas.

ISSN: 0032-8472

En el caso de Pamplona, habría que hacer referencia al Archivo de Navarra de Rafael Moneo, con la consiguiente recuperación del palacio de Capitanía, a la adaptación del edificio de la Audiencia para nueva sede del Parlamento de Navarra y, sobre todo, al Auditorio y Palacio de Congresos Baluarte.

El hecho de que estos dos últimos edificios fueran objeto de un concurso abierto de carácter nacional y que, a pesar de la alta participación foránea, los equipos que resultaran vencedores fueran, sin embargo, locales; Juan Miguel Otxotorena, Javier Pérez Herreras, José Vicente Valdenebro y yo mismo en el primer caso y Mangado y Alzugaray en el segundo, y que hubiera varios equipos navarros más entre los premiados, no dejaba de ser una muestra del grado de fortaleza alcanzado por la arquitectura navarra.

El edificio del Baluarte supuso, además, el despegue definitivo de Francisco Mangado, sin duda, el arquitecto que más notoriedad nacional e internacional ha alcanzado de esta generación. Poseedor ya para entonces de un merecido prestigio profesional en el ámbito nacional a través de una serie de obras desarrolladas fundamentalmente en Navarra, algunas de las cuales ya se han mencionado, la construcción del auditorio Baluarte sería el primero de una serie de proyectos de mayor dimensión y significación que consolidarían su figura y extenderían su trabajo más allá de la escena navarra y provocarían que su prestigio alcanzase ámbito internacional. En esta serie estarían obras como la plaza de Felipe II en Madrid, el auditorio de Ávila, el Museo Arqueológico de Vitoria, la sede de Gamesa en Sarriguren, el estadio de fútbol La Balastera en Palencia, el centro hípico de La Ultzama, el Centro de Formación en Nuevas Tecnologías en Santiago de Compostela o el multipremiado Pabellón de España en la Expo 2008 en Zaragoza.

Los primeros años del nuevo siglo prolongarían la construcción de obras significativas como la rehabilitación del palacio del Condestable o el centro parroquial de San Jorge, ambas de Fernando Tabuenca y Jesús Leache, la estación de Autobuses de Pamplona de Blasco, Tabuenca y Sagastume, con la dirección de obra de Jesús Armendáriz, el edificio de Ciencias Sociales de la Universidad de Navarra de los madrileños Vicéns y Ramos o la sede de Foro Europeo de Vaíllo e Irigaray.

10. EL SIGLO XXI Y LA LLEGADA DE LA CRISIS

Como es bien sabido, el final de la primera década del tercer milenio ha supuesto para nuestro país el ingreso en una de las mayores crisis económicas de la era moderna. La arquitectura y la edificación en general se han visto especialmente desfavorecidas por la fuerte contracción económica que ha padecido la sociedad española. En la arquitectura navarra se ha registrado en el último sexenio una reducción de la actividad sin precedentes; los nuevos barrios, proyectados en medio de la fuerte demanda de la primera mitad de la década, no han conseguido desarrollarse y la periferia de Pamplona se ha llenado de urbanizaciones llenas de solares en espera.

Sin embargo, la crisis no ha sido de calidad; al calor de la intensa actividad de los primeros años del siglo una nueva generación había empezado a situarse profesionalmente y en los concursos, a los nombre habituales todavía en activo, se habían ido sumando otros nuevos: Barcos y Enríquez, Pérez Herreras y Quintana, Pereda y Pérez Silanes, Mongay y Mariezcurrena, Bergera y Beguiristáin,

ISSN: 0032-8472

Ayesa y Peralta, Álcolea y Tárrago, Javier Larraz, Ignacio Olite, entre otros. Cierto es que esta nueva generación ha visto dificultado su ascenso hacia la madurez profesional por la virulencia de la crisis; no obstante tal hecho no ha supuesto un descenso en la calidad de la respuesta y en la ambición y compromiso de estos jóvenes arquitectos y también estos últimos años de escasez de trabajo han sido pródigos en obras señaladas por la excelencia. Se trata de obras, en general, muy pequeñas en comparación con las del cambio de siglo –guarderías, centros de salud, centros de acogida, viviendas unifamiliares, pasarelas peatonales e incluso portales–, pero han sido saludadas por la crítica como ejemplo de que no son necesarios los grandes presupuestos para dar lugar a grandes obras de arquitectura y así, este año de 2014, por primera vez el Premio de Arquitectura Española que concede el Consejo Superior de Arquitectos, ha sido otorgado *ex aequo* a un hospital en Sevilla y a una pequeña obra construida en Navarra, la Escuela Infantil de La Milagrosa, de Carlos Pereda y Óscar Pérez Silanes, promovida por el Ayuntamiento de Pamplona. No ha sido la única escuela infantil navarra premiada recientemente; sino que la casi coetánea de Berriozar, de Beguiristáin, Bergera y Larraz, que ya había sido premio del Vasco-Navarro, ha sido reconocida hace pocas semanas con el Chicago Athenaeum Architecture.

Me gustaría terminar solicitando de nuevo indulgencia por las reducciones y olvidos en que pueda haber incurrido en este apresurado recorrido por la arquitectura navarra de los dos últimos siglos, en la confianza de haber podido dejar constancia de la calidad creciente de la producción arquitectónica navarra en este período que ha corrido pareja con la también creciente capacidad de esta sociedad y sus instituciones para entender y valorar el trabajo de los arquitectos.

BIBLIOGRAFÍA

AA. VV., *Pamplona Metrópoli. 1930… modernidad & futuro*, Pamplona, Delegación Navarra del COAVN, 2005.

Arrieta Elías, I. (coord.), *Pamplona, guía de arquitectura*, Pamplona, Delegación Navarra del COAVN, 1994.

Docal Ortega, C., «Primera arquitectura moderna en y de Navarra (1900-1950). Antecedentes, contexto y desarrollo», tesis doctoral inédita, Pamplona, 2009.

Fernández Salido, L. M., *Fernando Redón Huici, arquitecto*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2006.

Garitaonaindía de Vera, J. R., «Joaquín Zarranz Pueyo. Hacia una verdadera arquitectura racional», tesis doctoral inédita, Pamplona, 1997.

Larumbe Marín, M., *El academicismo y la Arquitectura del siglo XIX en Navarra*, Gobierno de Navarra, 1990.

Orbe Sivatte, A., *Arquitectura y urbanismo en Pamplona a finales del siglo XIX y comienzos del XX*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1985.

Paredes, J., *Félix Huarte 1896-1971*, Barcelona, Ariel, 1977.

Pozo, J. M. (ed.), *Guía de Arquitectura de Navarra del siglo XX*, Pamplona, T6 Ediciones, 2013.

Sarasa Asiain, A. (coord.), *Guía de Arquitectura de Pamplona y su comarca,* Pamplona, Delegación Navarra del COAVN, 2006.

Tabuenca González, F. (coord.), *Víctor Eusa arquitecto*, Pamplona, Delegación Navarra del COAVN, 1989.

ISSN: 0032-8472

ANEXO FOTOGRÁFICO

González Presencio, Mariano.

Departamento de Proyectos Arquitectónicos. E. T. S. A. U. N.

1. Navarra Fin de Siglo. Entre el modernismo y el eclecticismo

Figura 1: General Chinchilla, 6, Pamplona. Manuel Martínez Ubago. 1900.

ISSN: 0032-8472

Figura 2: Farmacia Blasco. Mercaderes 21, Pamplona. Ángel Goicoechea. 1905.

ISSN: 0032-8472

2. Pervivencia del eclecticismo y primeros brotes racionalistas. Zarranz, miembro del Grupo Norte del GATEPAC

Figura 3: Antigua Escuela de Peritos Agrícolas. Serapio Huici, 22, Villava. Jósé Yárnoz. 1912.

ISSN: 0032-8472

Figura 4: Edificio de viviendas en el paseo de Sarasate, 5, Pamplona. Joaquín Zarranz. 1936.

ISSN: 0032-8472

3. La figura de Víctor Eusa

Figura 5: Edificio de viviendas Irigoyen y Café Bahía. Trinidad Fernández Arenas, 4, Pamplona. Víctor Eusa. 1932.

ISSN: 0032-8472

Figura 6: Basílica de Nuestra Señora del Puy, Estella. Víctor Eusa. 1951.

ISSN: 0032-8472

4. La vuelta del eclecticismo en la posguerra

Figura 7: Hacienda Foral de Navarra. Avenida Carlos III, 4, Pamplona. José Yárnoz. 1931.

ISSN: 0032-8472

Figura 8: Edificio Aurora. Francisco Bergamín, 1, Pamplona. Víctor Eusa. 1950.

ISSN: 0032-8472

5. Un nuevo comienzo: Guibert y Redón

Figura 9: Casa Felipe Huarte. Carretera de Sarriguren, 5, Pamplona. Fernando Redón. 1959.

Figura 10: Club de Golf de la Ultzama. Javier Guibert y Fernando Redón. 1964.

ISSN: 0032-8472

6. Rafael Moneo, de Tudela a Los Ángeles

Figura 11: Plaza de los Fueros, Pamplona. Estanislao de la Quadra-Salcedo, Rafael Moneo. 1975.

Figura 12: Archivo General de Navarra. Dos de Mayo, s/n, Pamplona. Rafael Moneo. 2003.

ISSN: 0032-8472

7. Una escuela de arquitectura en Navarra. Profesores y primeros alumnos

Figura 13: Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra. Eugenio Aguinaga, Rafael Echaide, Carlos Sobrini. 1978.

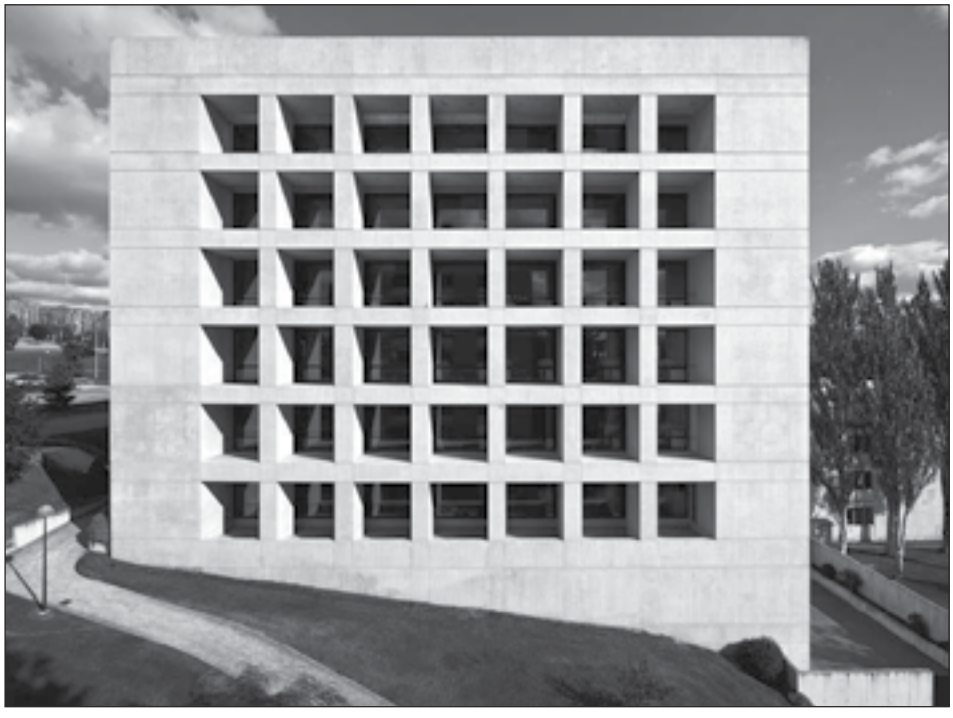

Figura 14: Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra. Javier Carvajal, Ignacio Araujo. 1998.

ISSN: 0032-8472

8. La posmodernidad en Navarra. Crónica de los 80

Figura 15: Vivienda unifamiliar en Tajonar. Francisco J. Biurrun. 1976.

Figura 16: Restaurante Erreleku, Cordovilla. Manuel Íñiguez, Alberto Ustárroz.

ISSN: 0032-8472

9. La cristalización de la Escuela de Pamplona y las grandes obras del fin de siglo

Figura 17: Parlamento de Navarra. Navas de Tolosa 1, Pamplona. Mariano González, Juan Miguel Otxotorena, Javier Pérez, José V. Valdenebro. 1999.

ISSN: 0032-8472

Figura 18: Palacio de Congresos y Auditorio de Navarra. Alfonso Alzugaray, Francisco Mangado. 2002.

ISSN: 0032-8472

10. El siglo XXI y la llegada de la crisis

Figura 19: Reforma de portal en Pío XII, 29, Pamplona. Íñigo Beguiristáin, Iñaki Bergera. 2010.

Figura 20: Escuela Infantil en La Milagrosa. Plaza de Alfredo Floristán, Pamplona. Carlos Pereda, Oscar Pérez. 2011.

ISSN: 0032-8472

RESUMEN

Arquitectura contemporánea en Navarra. Hitos e influencias

Los distintos trabajos recopilatorios que se han venido realizando hasta ahora sobre la arquitectura navarra de los dos últimos siglos, aunque no son exactamente coincidentes en los edificios que destacan y en su valoración, sí que repiten muchos de ellos, de tal manera que, en conjunto, podemos decir que componen con bastante exactitud la iconografía de la arquitectura moderna en la Comunidad Foral. Esta ponencia trata de trazar un panorama que abarque los avatares de la disciplina arquitectónica en Navarra durante la modernidad, limitándose a apuntar los que a juicio del autor son los perfiles más destacados de esta evolución y a resaltar a las figuras y obras más significativas que pudieran servir de referencia para el conjunto de la producción. El recorrido arranca en el fin de siglo con la pugna entre eclecticismo y modernismo en Navarra, repasa la presencia de la vanguardia en el primer tercio de siglo, la vuelta al eclecticismo en la posguerra y el renacer de la arquitectura moderna a partir del ecuador del siglo. También se pasa revista a lo que supuso para la disciplina en Navarra la aparición de la Escuela de Arquitectura y se analiza el trabajo de las distintas generaciones egresadas de ella hasta la actualidad.

Palabras clave: Arquitectura; contemporánea; Navarra; arquitectos; edificios.

ABSTRACT

Contemporary architecture in Navarre. Milestones and influences

The compilation works realized till now on the Navarre architecture of last two centuries, though they do not necessarily agree in the buildings that stand out and in their valuation, they repeat many of them, in such a way that, as a whole, we can say that they compose with enough accuracy the iconography of the architecture in the Foral Community. This talk tries to draw a picture of the vicissitudes of the architectural disciplines in Navarre during modern age, indicating what, in the opinion of the author, are the most distinguished profiles of this evolution and highlighting the most significant figures and works that could serve as reference for the whole production of the time. Our overview starts in the end of the last century with the struggle between eclecticism and modernism in Navarre, revises the presence of the avant-garde in the first third of the century, the return to eclecticism after the civil war and the revival of modern architecture from the midway of the century. We also examine the consequences for the discipline in Navarre of the appearance of the School of Architecture and analyze the work of its various generations of graduates up to the present.

Keywords: architecture; contemporary; Navarre; architects; buildings.

ISSN: 0032-8472